

Macarena Chico Alvarez

Amaya de Pablo Soto

Economía

IES Jaime Fernán 1ºBachillerato F

11 de abril del 2026

La factura invisible

A veces vamos por la vida en "modo automático" y no nos paramos a pensar en cómo funcionan las cosas que usamos a diario. Nos levantamos, abrimos el grifo para lavarnos la cara y el agua sale limpia. Salimos de casa y caminamos por una calle iluminada, o esperamos el autobús para ir a clase. Parece que todo eso "está ahí" porque sí, como si fuera un regalo de la naturaleza o algo que cae del cielo, pero la realidad es muy distinta. Todo lo que nos rodea en Collado Villalba tiene un coste real, aunque en el momento de usarlo no tengamos que sacar la cartera. Es lo que yo llamo la "factura invisible", un ticket que se va sumando cada segundo pero que pagamos entre todos de forma colectiva.

Como estudiante de 1º de Bachillerato, paso gran parte de mi día en el instituto (IES Jaime Ferrán). A veces, entre examen y examen, nos quejamos de las instalaciones o del madrugón, pero se nos olvida lo que hay detrás. Nuestras clases, las mesas donde nos sentamos, la calefacción que nos quita el frío de la sierra en enero, los ordenadores y, por supuesto, el sueldo de los profesores y del personal de limpieza, salen de un fondo común. No es que el Estado nos "regale" el Bachillerato; es que la sociedad ha decidido que la educación es un derecho fundamental y la financia a través de los impuestos. Es una inversión a largo plazo: hoy estudiamos gracias a lo que otros aportan, para que mañana seamos nosotros los que sostengamos el sistema para los que vengan después.

Lo mismo ocurre con el entorno en el que nos movemos cuando salimos del centro. Si quedamos con los amigos en el parque, paseamos por la Calle Real o vamos a dar una vuelta por el Coto de

las Suertes, estamos disfrutando de un espacio público que requiere mantenimiento constante. Si no hubiera impuestos, esos parques estarían llenos de basura o las farolas fundidas. Incluso el transporte público, como los autobuses urbanos que cruzan el pueblo, no se mantiene solo con el precio del billete que pagamos al subir; gran parte del coste real del viaje está subvencionado para que movernos por Villalba sea accesible para todo el mundo, desde un estudiante hasta una persona mayor.

Sin duda, donde más se nota el valor de esta aportación colectiva es en la sanidad. En una zona como la nuestra, tenemos la suerte de contar con el Hospital General de Villalba y varios centros de salud como el de la Estación o el del Pueblo. Si te haces un esguince jugando al fútbol o te pones enfermo de gravedad, recibes atención de primera sin que nadie te pregunte cuánto dinero tienes en la cuenta antes de entrar a quirófano. Si tuviéramos que pagar de nuestro bolsillo lo que cuesta una sola noche de hospitalización o una prueba médica compleja, muchísimas familias de Villalba se arruinarían. Los impuestos funcionan como un seguro de vida gigante y solidario: todos ponemos un poco para que, cuando alguien tenga un problema de verdad, la ayuda esté ahí de forma gratuita y universal.

En conclusión, los impuestos no deberían verse como un castigo o como un dinero que nos "quitan" por trabajar. Son, en realidad, el precio de vivir en una civilización que no deja a nadie atrás. Son el motor que permite que los servicios públicos funcionen para todos por igual, convirtiendo privilegios en derechos. Cada vez que veo las luces encendidas por la noche en la Plaza de la Estación o entro en mi aula por la mañana, trato de recordar que nada de eso es gratis. Es el resultado de un compromiso ciudadano para que vivir en nuestro municipio sea algo digno y seguro para todos. Porque, al final, la "factura invisible" es lo que nos permite tener una vida visible y con futuro.